

José Fernández de la Sota



Entre Remigio Mendiburu y Juan Mari Lekuona.

El poeta bajo el cielo

Cualquier cosa, una muga, una ley, una muerte, nos convierte de pronto en huérfanos del cielo. Creo que hay un poema de Francisco Irazoki que habla de esta orfandad inevitable. El mundo, definitivamente, no está bien hecho (y si lo estaba, nos hemos encargado de empeorarlo a conciencia: mientras trato de escribir estas notas sobre el poeta de Arantzazu, los bombardeos anglo-norteamericanos, con la anuencia del Gobierno español, producen centenares de muertos civiles en Irak).

Bajo el cielo y tan lejos del cielo. Nadie como un poeta franciscano, quizás nadie como el propio Bitoriano Gandiaga, para experimentar esa orfandad bajo el cielo de Arantzazu, en aquellas caminatas eternas buscando eguzkilores. Vuelvo a leer los versos del estremecedor Errail Zaharra: Se me van los días / uno tras otro. / Se me van los días, / días que jamás retornarán a mí. / Se me van uno a uno, / llevándose cada uno en blanco / la página que cada uno me tendió.

Días de cielos claros y días de borrasca. Días también sin huella, como angustiosas páginas en blanco. Y días de dolor. Hay en esa sucesión implacable de minutos que se escurren como granos de arena una nostalgia del paraíso posible, necesario, preciso como un árbol arraigado en la tierra. El poeta experimenta una desazonante inquietud bajo el cielo. Lo de abajo, parece que nos dice, podría fácilmente ser como lo de arriba, pero alguien, algo, algunos parecen empeñados en que no sea así. Por eso, frente a la numinosidad de los poetas místicos, en los versos de Gandiaga encontramos un contorno terrestre y humano que llena de tensión toda su obra.

Siempre que lo he leído, pese a la pérdida que supone la traslación del verso y su música interna a otra lengua, he sentido ese estremecimiento que nos proporciona el contacto con la poesía en su más alto grado. Cuando hace algunos años estrenamos la colección de poesía Puerta Norte, no tuvimos la mínima duda respecto a qué poeta debía inaugurarla. Bitoriano reunió sus poemas bajo el sencillo y machadiano título de *Denbora*. No era, evidentemente, ningún descubrimiento. Que Gandiaga era el mayor poeta vivo de la literatura vasca era algo que se daba por supuesto de una manera, tengo para mí, un tanto cicatera y automática. Se daba por descontado que todos conocían a Gandiaga y que todos, en virtud de algún raro atributo, conocían sus versos aunque jamás hubiesen leído un libro de poemas ni de él ni de nadie. Quizás es que se había convertido en un clásico en vida, y a los clásicos no hace falta leerlos, ya se sabe, salvo por prescripción facultativa.

Conocido por todos y, por eso mismo, desconocido por la mayoría. Bitoriano Gandiaga, como todos los grandes poetas, conseguía que cada poema fuese un descubrimiento. Leer a Bitoriano era y es descubrirlo, aunque se le conozca, porque nunca se acaba de conocer a un poeta. Cada vez cada verso es otro verso.

Llegué en verano a Madrid con la finalidad de acudir a unos cursillos de teología. Tan pronto como se me presentó delante de mis ojos la ciudad, me pareció más interesante conocer el propio Madrid que el curso de teología.

Como todos los grandes poetas, tampoco Bitoriano era un sólo poeta. Tras ese panteísmo franciscano que cruza sus poemas se emboscaba todo el mal de vivir, esa inquietud punzante bajo el cielo de la que hemos hablado y esa experiencia cierta (porque Gandiaga sí que fue un poeta de la experiencia auténtica, la de la poesía y la de la vida) del dolor y la dicha insufribles. Me recordaba a veces al Gerard Manley Hopkins que salía a las calles de Oxford bajo un cielo ominoso hasta caer rendido, persiguiendo la sombra sin sombra de la terrible zarpa estrujamundos. Bitoriano salía con el alba a roturar las montañas de Arantzazu, perseguidor y perseguido a un tiempo.

Teníamos pendiente, junto a Pablo González de Langarika, un encuentro en su casa, en la casa de todos, en Arantzazu, hace ya varios años. Ya sólo nos podremos encontrar en sus versos, que no es poco. Ojalá haya encontrado esa paz y ese bien que regalaba.



Sin embargo, a menudo/ les solía escuchar a los ojos./ Pero/ no se podía liberar/ no podía superar/ su habitual actitud indolente/ no podía salir de los encorsetados códigos tradicionales/ no podía realizar ningún intento de escritura dudoso.

¿De qué manera debía trasladar a la escritura/ toda la marcha preceptiva de la vida urbana?/ Decidió cubrir/ sus ojos/ con el pañuelo de la cabeza/ de la prudencia.